



LOS VECINOS NUNCA SOSPECHAN LA VERDAD

OSCAR COLLAZOS

Es verdad: los vecinos nunca sospechan la verdad: se encierran en sus conciliábulo, son herméticos en sus conjeturas, carecen de imaginación, siempre no van más allá de los detalles ni se detienen en las sospechas. Los vecinos, son, por naturaleza, torpes. Hacen daños o causan beneficios irrisorios sin llegar a ser inofensivos. Casi siempre la imprudencia es una de sus virtudes: cuando salgo de la casa quieren decirme (o hacerme dar cuenta) de que hablan de mí, de que sus voces bajas o apagadas tengo que oírlos y de ahí sus gestos grandilocuentes, sus dedos índices visibles, sus bocas torcidas de desprecio, sus espaldas dándome a la cara en un movimiento fácilmente acomodado, en verdad: los vecinos no tienen la menor idea de la clandestinidad, de la conspiración, de la sutileza, de la inteligencia creadora, son, esto, son — cómo decirlo —, son casi siempre como cacatúas alboratadas, hasta el momento de prender los noticieros, de darse a la tarea de hablar más alto que el locutor, de anunciar en coro los mismos productos de belleza, casi siempre de una firma americana, los vecinos, es verdad, son impacientes, quieren darlo todo en un segundo, no entienden de sobreentendidos, son evidentes, literales, como un texto de lectura, como una oración que puede aprenderse de memoria leyendo en el Catecismo Asteto en quince minutos de inodoro, son: despreciablemente ingenuos y es así como, en el momento menos pensado, son incapaces de calcular qué pasa en el segundo piso, por qué este ruido de disparos penetra por algún lugar del edificio y lo llena con ecos mortales, por qué estos gritos desgarrados, por qué esta fuga de tres hombres sin uniforme que han venido en la mañana a invadir mi casa, a escarbarla sin ninguna prudencia. Los vecinos, siempre dije, no pueden llegar a sospechar el momento en que muera abatido por siete disparos de revólver, ahogado en mi propia sangre, en mis mismos gritos difícilmente proferidos. Los vecinos, es verdad, todo pueden entenderlo, menos este momento en que en el segundo piso, alguien grita “no me maten” o algún silencio ignominioso presagia el nacimiento de un nuevo terror. Es entonces cuando son incapaces de salir a la calle (miran, celosamente, detrás de las persianas, detrás de la endija de la puerta desvencijada, o detrás de alguna celosía que se abrió para espiar los pecados de la calle, los adulterios de enfrente, las borracheras de al lado, las palizas de la mujer gorda a su marido ferroviario (jubilado, para más señas), los deslices de la adolescente que está cursando tercer año de comercio y contabilidad, los vecinos, es verdad, nunca podrán medir la dimensión del crimen del segundo piso, ni sacar, de la noticia del día siguiente, algo más allá del texto que diga “misteriosamente muerto un joven de veinte años en su residencia del Barrio San Antonio cuando ingería licores”.

LAS SORPRESAS DE SIEMPRE

Ya están pateando a la puerta, gritando que si no abre se va a venir abajo y huele la gasolina del carro estacionado justamente frente a mi ventana. Voy a abrirles, "*por lo menos deberían ser más amables*" y ahí están, adentro, precipitándose por el primer cuarto, cuatro, cinco (y si cupieran más en él, todo el desfile que afuera se ha detenido estaría dentro), "*por lo menos deberían ver que apenas ayer vino la señora del aseo a trapear el piso*", y se reparten, como pueden, por el cuarto y empiezan a tirarlo todo. ¿Qué voy a decirles, si esta es la primera sorpresa violenta de mi vida, la primera gran hazaña perpetrada contra mí? Y ahí van, de dos en dos, derribando sillas, rompiendo el cuerpo o el estómago del sommier, quebrando los cristales de los cuadros, volteando el escritorio, hurgando entre tantos papeles inútiles que, afiebradamente, había escrito y que con paciencia y sin vergüenza un día de estos quemaría. Ni me miran ni me atrevo a mirarlos: el ruido de las cosas que ruedan, de los papeles que caen por el suelo, de los cristales que presagian cien años de mala suerte, me envuelven, y yo pienso que, por lo menos, deberían escoger una hora más cómoda de la mañana y no esta torpe hora de la madrugada. Al fin me atrevo a mirarlos: calculo que, tal vez, están ciegos o que, posiblemente, se hayan equivocado de piso (no es extraño que suceda, es apenas previsible) y lo que más me duele es pensar que ahora se dirigen (los cuatro) a la esquina derecha del cuarto y que pum pum pum van cayendo todos los libros, algunos deshojados, otros abiertos, amontonándose pesadamente unos sobre otros, "*qué es ésta falta de respeto, caballeros?*", llenando el piso que antes de acostarme había visto brillante, oliendo a esa lavanda barata que ya debería haber rechazado: ahora esculcan, revuelcan, revuelven, reburujan, miran títulos, "*podrían hacerlo más despacio, no les queda tiempo ni de leerlos*", escudriñan carátulas, Thomas Mann, (quemado en algún lugar cercano a la Alexanderplatz, tiempo de guerra, ascenso del Tercer Reich), Bert Brecht (quemado en la hoguera de la inquisición, como cualquier Giordano Bruno, digo *cualquier* y no es para molestarse, mi socio), Simenon, Lewis Carroll, Saint-Exupery, Mika Waltari, José María Pomán (q.e.p.d.), José Ingenieros (lecturas atravesadas en el cuarto-año-secundario-profesor Arredondo), indiscriminadamente, Malcolm Lowry (bajo el volcán de estas botas), Tristán Tzara (en esta atravesada confusión de palabras y sonidos, descomposición de palabras y de ruidos), Maicovsky (una nube de soldados en verdes pantalones), Faulkner (mientras agoniza mi impavidez), Santa Teresa de Jesús, vidas ilustres, tiras cómicas, alguna aventura de Tarzán en el corazón colonizado de la selva violada, nunca las quise abandonar, "Los mecanismos de defensa" (Anna Freud: ¿sospechas?), Erich Fromm, Barba Jacob, "Essai sur les Essais", Buter-Montaigne, "Viaje al fondo de la noche", de esta

noche que ya murió en la madrugada de mi sueño interrumpido, títulos y nombres que leo precipitadamente, mientras caen, selecciones del Reader Digest, "Los Tres Mosqueteros", "Pay's Soldier", "L'Ecume des jours" (todos robados infantilmente de algún sitio de la Place Saint-Michel), Gérard de Nerval, dos tomos de la Comedia debatiéndose sobre el pesado volumen de las teorías cinematográficas (pobre humanidad regordeta de Balzac revolcándose entre tanto mugre), "El hombre fulminado"/,caen por el suelo, pierden la visibilidad de sus títulos, se vuelven esquivos en este amontonamiento violento que me está ardiendo en el alma y la memoria de lecturas religiosas, de lecturas pornográficas, de pesadas lecturas indigestas, recopilación fetichista de volúmenes perdidos en la banalidad y/

ahora saltan sobre ellos, apenas pueden moverse, inician la incoherencia dadá de sus maldiciones, esos ruidos de animales encolerizados y/

esta vez — apagado el ruido — viene el silencio, me miran, escarban en mis ojos con sus lentes ahumados: uno viene hacia mí, lleva en sus manos un guante, las dirige a mi cuello y no puede hablar: tres pisan furiosos sobre los libros que ya podrían soportar el comienzo de una hoguera más grande que todas las hogueras del mundo y aullan y muerden sus lenguas enaltecidas por el valor, quisieran abrir un hueco y sepultarse en su coraje y en su odio y/

es cuando el tipo empieza a flojarme, a desprender sus manos del cuello y a salir (tras de él la corta y desgarrante procesión de los invasores) y — ya en la puerta — dice, casi tranquilamente como si sollozara, dice que todo ha sido un lamentable error, pero que tiene la esperanza de que la próxima vez su viaje no sea inútil y/

es cuando siento que el sueño ha sido interrumpido, que sería bastante fastidioso ponerse a ordenar todos los libros, recogerlos, ordenar los papeles o quemarlos inmediatamente, cerrar las gavetas del escritorio o llorar el desorden nada familiar del cuarto.

Es entonces cuando me estiro sobre el estómago deshecho del sommier y pienso que algo está fallando en el mundo para que haya tanta falta de cortesía a estas horas tan difíciles de la madrugada.

ITINERARIO

Era sospechoso de conspiración (una larga y despiadada sospecha lo venía asediando todos los días, hasta en las incómodas horas del sueño), hasta en las madrugadas de insomnio, hasta en las horas inasibles de los espasmos, hasta en las horas aturdidas de las lecturas, hasta/) y una noche fue apresado, a la salida de la ciudad, llevando en sus manos la verificación de la sospecha (cosa sabida, es cierto, pero nadie puede descartar la posibilidad de un mal tramado anonimato

o la puta y asquerosa eventualidad de una delación). Ya apresado, aún seguía la sospecha, aún seguía el silencio debatiéndose ante la sospecha. (Fue cuando los micos, en una algarabía sorda, decretaron su encierro). Aún así, nadie podía quitarlos de encima la idea de que, sospechoso de conspiración, encerrado, podría tramarla entre el metro cuadrado en que apenas se movía, oliendo a orines resecaos, a todas las mierdas concentradas en el volumen reducido de su celda. Pero, verdaderamente, el único encierro verdadero era el de su sigilo y en él se movía apretadamente, aunque todo hubiese comenzado con una prudente dosis de hambre o de terror. Todas las sospechas se hicieron posibles, tomaron cuerpo, se hicieron descomunales, fueron tejidas en los conciliábulo de la selva uniformada de azul. Todas. No había una sola no concebida, marginada o descartada: podría decirse que al ponerlas todas en la mesa, el mundo se lavaba de todas las sospechas, hasta de las minuciosas sospechas tramadas contra la historia más remota y: era de nuevo la inocencia.

Una semana después se quemó, tal vez, la que parecía ser la última de sus sospechas: que aún encerrado en su silencio, que aún encerrado inmóvil entre la mierda y los orines, se produjera una fuga milagrosa, un acto de levitación maravillosa, una secreta complicidad con el espíritu de los desaparecidos que tanto les atormentaban. (Sobra decir que, antes de verificada la eventualidad de esta sospecha, sus testículos habían experimentado el sacudimiento de horas, martillazos sobre yunques inflexibles, su ano había sido objeto de penetraciones incesantes (falo de hierro ardiendo, rojo del falo al rojo, su lengua asiento de alfileres o vibraciones eléctricas, sus oídos escrutados con palillos de diente en una innominada expurgación, sus uñas desprendidas de sus raíces para arañar la sangre y el suelo, sus pies caminados sobre una superficie de clavos y puntillas y espinas metálicas desprendidas de las mil botas que ahora se regocijaban en sus sospechas. Querían hacer más mudo el enmudecimiento), una fuga que tendría que evitarse: fue cuando lo sacaron al patio, después de la medianoche y cuando fue agujereado a balazos, ante un público dormido de remordimientos, anegado de sueños, en aquel espacio del fusilamiento.

Una sospecha quedaba aún, agitada en el viento, retomada y asentada en el miedo previsible de los monos: en su vientre podría reposar una misteriosa libreta de notas y consignas, tragadas en el instante mismo de su detención: con la habilidad minuciosa de buscadoras de agujas en la jungla de los monos, fueron desprendidas: piel de los huesos, piel de la piel, vellos de los vellos, ombligo del vientre, testículos irreconocibles de un falo sin vida: fue la consumación del último de sus fraudes: en su vientre, no estaba sino la soledad de unas vísceras remordidas de hambre y balas.

SE LLAMABA Francisco Garnica y alguna vez había visto su nombre en la lista de expulsados del Partido, alguna vez habíamos hablado de Lenin, alguna noche, ya perdida en los sueños, habíamos cami-

nado por la Avenida Colombia, al lado de un río raquíico, alguna vez habíamos iniciado una discusión que jamás acabaríamos, alguna vez me había dicho que su mujer acababa de parir mellizos.

La única torpeza imperdonable de los monos consistió en no sospechar que el viento o que alguna voz retorcida por el remordimiento saldría a la calle, asediada de fantasmas, evadiéndose de las murallas, saltando alambradas, burlando la vigilancia de los morteros, los fusiles y los monos menores. Y que ya enredada en el viento, esta voz sería la más inclemente e imborrable de nuestras sospechas. Resulta que hoy ya no puedo recordarlo más: de tanto hacerlo se me está haciendo mierda la memoria.

LOS REMORDIMIENTOS

Después de muchas horas de dolores (justo ahí, a veces sangra, una especie de terror físico) y remordimientos, era fácil llegar a la conclusión a que ahora llegaba, desmontando todo el aparato de miedo y acoso que en la noche la había tenido encerrada en un pánico silencioso. Nunca había sentido el aire de la mañana tan fresco ni jamás la llovizna había caído sobre su cuerpo de tal manera, ni ese insinuado resplandor del sol — trabado entre nubarrones esquivos — le había parecido más maravilloso. Ya que no podía detenerse a pensar en cada una de las situaciones (secuencias dispersas untadas de algo más profundamente pegajoso que la sangre y el dolor) ni viseccionar los hechos con una minuciosidad que, por otra parte, le habría resultado más desagradable, quería decirse a sí misma “de qué, por Dios, de qué han valido estos dos años de pudores”, de qué esos imprevistos sobresaltos de moral o esos contradictorios momentos en que la pureza peleaba con la fiebre ahí recogida en sus piernas, de qué la puta pureza de todos los días si al fin y al cabo todo había venido a quedar violentado en unas horas, arrasado en un minuto, hecha trizas en ese momento — instante que los tres soldados, despeinados y groseros, habían venido a su celda, ya no a interrogarla (bastante largo había sido el interrogatorio) sino a rodearla, amenazantes y lascivos, a desnudarla (cada uno por su cuenta) y a destrozarle las ropas interiores hasta quedar en esa desolada desnudez que, ni ante el espejo de su cuarto, se habría atrevido a revelar. Ya en la calle, mientras contaba las cuadras que le faltaban para llegar al primer teléfono público y comunicar a casa que ya estaba libre, “solo ha sido un interrogatorio, no se inquieten que no ha sido nada”, se preguntaba con rabia por qué tantos principios guardados largo tiempo, Samuel, por qué tantos principios, tantos rechazos a tus caricias, tantos sueños atormentados, tanta moral empotrada en el respeto, y la puerca ira que le entraba era eso de recordar que, en la noche, los tres soldados habían iniciado el repugnante rito de su violación y otros tres el extenuante episodio

de su remate, entre los sollozos y la sangre que jamás podría reconocer como suya, pero que —al fin de cuentas— sería el más claro reconocimiento de sus remordimientos, la memoria de los gritos de la celda vecina, una imagen imaginada de las torturas, un intempestivo roce con la mañana y la llovizna y el sol esquivándose entre los nubarrones y un dolor saliendo por su sexo y un asco que no tendría fin, calles teléfonos mamá ha de estar esperando Samuel no cayó en la redada qué irán a decir en/ alguien que grita en la esquina diciéndole que el semáforo está en rojo que delante de ella un gran-camión no va a detenerse Samuel, Samuel de qué me van a valer todos estos remordimientos arremolinados en mí/ de qué?



